

LA VENTA

de

MEXICO

Por CARLOS DE LA CUESTA D.

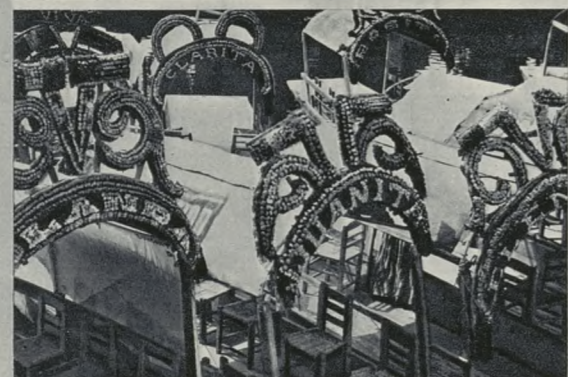
CUANDO el viajero arriba a la ciudad de México—llamada por el Barón de Humboldt «la Ciudad de los Palacios»—, preguntando por el lugar más bello y típico de los alrededores, siempre recibe una sola respuesta: el pintoresco y cercano Xochimilco. En efecto, es este pueblo lacustre, situado al sureste de la ciudad, el que ofrece al turista el espectáculo maravilloso de sus verdosas aguas, en las que se reflejan las majestuosas siluetas volcánicas del Iztlacihuatl—la mujer dormida—y el Popocatepetl—montaña que húmea—, gigantescos y niveos centinelas del Valle Mexicano.

XOCHIMILCO EN SU PASADO

Xochimilco, cuyo nombre significa «campo de las flores», fué habitado antes de la conquista por los xochimilcas, que formaban parte de una de las siete tribus nahoatlacas que llegaron al valle peregrinando desde un lugar llamado Aztlán—tierra de las garzas—, situado probablemente en el actual Estado de California, Estados Unidos. Hermanos de raza de los aztecas, fueron sojuzgados por ellos, razón por la cual tuvieron que rendirles el tributo de su vasallaje.

En el lago construyeron jardines flotantes, llamados «chinampas», en donde cultivaban sus legumbres. Formaban estos huertos con maderas entrelazadas con mimbre y cañas flexibles, así como de raíces y otras hierbas acuáticas suficientemente resistentes para mantenerlas unidas. Sobre esta balsa herbosa colocaban el fango que sacaban del fondo del agua, sembrando allí el maíz necesario para su sustento.

Es de gran interés conocer estos huertos flotantes, porque son el último vestigio del «modus vivendi» de otros pueblos indígenas, como el de los aztecas, quienes construyeron sus chinampas en el lago de México, sobre el cual está edificada la actual capital de la República. No hay otro remedio que admirar la tesonera labor de los que convirtieron, por métodos completamente rudimentarios, una inmensa zona lacustre, que encontraron el año 1325, en una ciu-



dad que fué la admiración de los conquistadores cuando llegaron a la Nueva España en el siglo XVI.

Actualmente, las chinampas han dejado de ser flotantes para transformarse en pequeñas islas sembradas de flores y hortalizas, en donde los indígenas de la localidad hacen sus cultivos en una forma intensiva.

XOCHIMILCO, CENTRO TURISTICO

Deseoso de conocer este pueblecito de fama internacional, nos dirigimos al «zócalo» o plaza principal de la ciudad de México, de donde parten los medios de transporte que conducen al lugar deseado.

Allí abordamos un tranvía eléctrico, observando con detenimiento los diversos tipos de personas que en ese domingo se dirigen a visitarlo: turistas yanquis de rubia cabeza y ojos azules, así como los viajeros de las provincias del país, aguardaban ansiosos la salida, provistos de sus cámaras fotográficas. Parejas de novios, de recién casados y familias generalmente proletarias, vestidas con sus trajes domingueros, abarrotaban el vehículo con gran algarabía.

Un poco más tarde, el tren dejaba atrás la neoclásica mole de la Catedral, con la alegre churriguería del Sagrario Metropolitano anexo.

Al cabo de una hora de camino, el tren arriba a Xochimilco. No bien acaba de llegar, cuando docenas de remeros asaltan materialmente a los

viajeros con el propósito de alquilar sus canoas.

Desde la plaza principal, se ven el mercado y la parroquia del pueblo. Nos dirigimos a esta última: un inmenso atrio, sin más adorno que una gran cruz de piedra en su centro, eterniza en su religioso silencio las huellas de los misioneros españoles, Lloradas ya en el devenir de los siglos. Al fondo, se yerguen en su franciscana sencillez los torreones de la iglesia que llamaron a la verdad de la Fe a un pueblo sumido en la esclavitud y la angustia de los sacrificios humanos. En su interior, el recinto resplandece con sus altares de helénicas columnas, mientras en el claroscuro de la nave un Cristo desfallecido escucha en silencio las plegarias del indígena.

De ahí nos dirigimos al mercado, que recuerda los antiguos «días de tianguis» de los nativos. Estos días eran aquellos en que los indios bajaban de los pueblos vecinos a vender sus productos y comprar lo que necesitaban.

El actual mercado lleva el nombre de «Reina Xochitl»—flor—, en memoria de la hija de Papantzin—el descubridor del pulque: la bebida nacional extraída del «maguey»—, quien ofreció al rey tolteca Tepancaltzin el licor descubierta por su padre. El soberano, al conocer a Xóchitl, se enamoró perdidamente de ella, por lo que resolvió raptarla para proclamarla reina hacia el año de 1042.

En las afueras del mercado, gran cantidad de sombreros de palma, llamados en México «de

petate», cazuelas y ollas de barro, son ofrecidos a los turistas que por allí pasan. En la puerta, las inditas ofrecen sonrientes los «nopalitos pa'el taco» y los «quelites» (los tacos son tortillas de maíz enrolladas que contienen «nopales», aguacate preparado en forma de «guacamole», o alguna carne, como la típica «barbacoa»).

En el interior del mercado, los vendedores anuncian las mercancías a gritos: «¡Chicharrón caliente!», «¡Aquí está su "barbacoa"!», «¡Tortillas calentitas!», «¡Marchantito!», etc.

En este lugar, los visitantes compran las viandas necesarias para pasar todo el día en el lago. Del mercado, el viajero se dirige hacia el embarcadero; en el camino encuentra numerosos



invernaderos, donde se exhiben, para su venta, multitud de plantas de hermosas flores.

Al llegar al lago se encuentran canoas con portadas formadas por flores, en donde se puede leer el nombre de la embarcación: «Anita», «Alicia», «María Candelaria», etc., pintado con margaritas, y fondo de claveles o con otras flores. El turista contrata la que más le agrada, ya sea porque se llama como la persona amada o por ser la más económica.

Una vez en los canales, el colorido inusitado del paisaje y el murmullo de la música lejana constituyen el mejor aperitivo; los paseantes colocan la comida sobre la mesa de la canoa y principian el banquete. No tardan en aparecer las primeras lanchas con «mariachis», quienes con sus polícromos sarapes y alegres canciones ponen en ambiente a los navegantes. Y mientras algunos comen mirando pasar las otras embarcaciones, otros se unen al coro de los «mariachis», que rasgan sus guitarras entonando canciones rancheras que hacen añorar el pueblo de provincia o el primer amor. Algunas lanchas van acompañadas de sureñas marimbas—instrumento musical muy usado en el Estado de Chiapas y en América Central—, que saturan el aire con las notas de las más folklóricas canciones, como «Madrid», «La Zandunga» y «Oye la Marimba», que luego se opacan lentamente mientras la lancha cruza las aguas xochimilcas.

A los lados de algunos canales, modernos y cómodos restaurantes han sido construídos sobre los islotes cercados por sauces o ahuejotes: los arbustos regionales. Ahí bailan y se divierten gran cantidad de turistas, mientras las grandes orquestas llenan el ámbito con sus melodías. En otra parte del lago se encuentran varios clubs de remo, a los que pertenecen jóvenes de la alta sociedad de la capital.

Mientras las canoas avanzan a lo largo de los canales, guapas indias, de largas trenzas y cuerpos bronceados por el sol, ofrecen al navegante encarnados claveles y otras flores recién cortadas para realzar la belleza de la novia. En sus minúsculas «chalupas» llevan también el «pulquito curado».

Por fin, llegamos a los «Manantiales», donde una instalación especial impulsa el agua potable que la ciudad de México consumirá.

Desembarcamos ahí un rato. Varias fondas y puestos de pulque rodean el lugar. Algunos puestos de «mexican curios» venden a los turistas zarapes, chamarras y «sweaters» con motivos mexicanos.

Durante las Fiestas de la Primavera, que organiza anualmente el Gobierno de la ciudad de México, se celebran en el lago concursos de canoas, de ramos de flores y de «mariachis», que resultan siempre muy lucidos.

Ya al anochecer, cuando el paseante regresa al embarcadero, se lleva consigo el recuerdo de una tarde inolvidable, mientras que la oscura silueta del musculoso remero queda en el lago que habitaran secularmente sus antepasados para guardar la tradición del pintoresco Xochimilco: «la Venecia mexicana».

